

sus juicios, tanto sobre la dinámica de la sociedad española como sobre las ideas del grupo sometido a estudio. Cabría citar multitud de ejemplos, pero valga por todos la descripción de la caída de la Primera República. Al margen del asalto al lector que supone la falta de elaboración de la masa de textos que se le ofrece, con citas de documentos de varias páginas de extensión que, en el caso de los de mayor interés, podría haberse llevado a apéndices, o al menos bosquejado un análisis como alternativa.

El balance del libro de Jiménez Landi es, pues, enteramente positivo en cuanto a acopio de documentación, de escaso valor en el análisis de la misma. Se trata por lo demás de un primer volumen al que debe seguir el estudio propiamente dicho de la Institución, en cuyos prolegómenos se detiene ahora el autor. Esperemos que en el segundo volumen queden superadas las estrecheces del presente y por lo menos se logre el rigor que para el conocimiento de su obra hubiera deseado el propio Giner de los Ríos. ■ ANTONIO ELORZA.

Nueva revista: «Gaceta Literaria»

En estos últimos años, la escasez de revistas «culturales» ha sido tan notable como el fervor de los editores por traducir. Estos dos datos bastarían por sí solos para explicar la desorientación general. La responsabilidad de la crítica de la cultura no debe recaer, fundamentalmente, sobre algunos diarios y semanarios, como viene sucediendo. Los instrumentos adecuados son aquellos que están concebidos exclusivamente para ello y que responden a unas características de periodicidad más extensa (mensual, trimestral), de carácter especializado (frente a la publicación de información general),

con un público muy definido y una orientación muy precisa. Para que exista una vida cultural «normal» deben existir estos instrumentos en número y calidad suficiente.

Por estas razones nos alegra la aparición de «Gaceta Literaria». Nada, a no ser el título, recuerda la publicación que dirigiera Giménez Caballero. Esta es de un formato de libro alargado, de una compaginación sencilla, y sin ese regusto en la composición y presentación que ha caracterizado siempre a las revistas literarias. La periodicidad es trimestral.

El contenido de la revista se estructura en tres partes: aportaciones, materiales y notas y reseñas. La primera recoge trabajos teóricos de J. de Dios Luque y J. C. Rodríguez, de los que hay que valorar no sólo la densidad, sino el esfuerzo por la claridad. M. Sacristán se nos vuelve a ofrecer como estupendo crítico literario, esta vez sobre un tema contemporáneo, Joan Brossa, y Joaquín Molas publica uno de esos trabajos que difícilmente hubieran podido encajar en otra revista que no fuera especializada: los ensayos de Ferrater.

El capítulo «Materiales», dedicado a la creación literaria, tiene dos aciertos: la publicación del poema de Pasolini, «Le ceneri di Gramsci», traducido a pie de pá-

gina, y de unos fragmentos de la novela inédita e inacabada de Luis Martín Santos, «Tiempos de destrucción». El que sea un acierto histórico literario la publicación de este texto del autor de «Tiempo de silencio», no quiere decir nada más. Creo que en este caso la retórica de Martín Santos llega a límites inaceptables, el lenguaje pierde su eficacia y la pretendida ironía se queda en una mueca. He aquí un párrafo: «Es preciso, ante todo, unificar el tono vital de los que se convierten en corifeos, de este olvidado arte recíproco del "exhibirse", siendo "actor-contemplador" de la misma multitudinaria pantomima, por todos simultáneamente repetida, por todos simultáneamente gozada, en todos virulentamente vivida, "rio-rio-de-ti" "ri-tú-de-mi", dionisiacamente oferta, mesiánicamente cada uno oblató a la colectividad para que coma de él, canibalísticamente devore su ridículo ofrecido y en otro movimiento centrípeto que a la centrifugosidad de la oblación se corresponda, dé materia de ridiculofagia a cada uno de los alrededor-presentes sicofantes, anélicos, apenas segmentados profanadores del respeto propio que, yo el primero, deliberadamente sacrifico».

Por fin, «Gaceta Literaria» dedica a la crítica de libros su último

—y quizá no suficiente— espacio. Especialmente oportuna la de Alvaro Salvador sobre «Literatura y pequeña burguesía», de Mainer.

El equipo de Redacción está formado por Juan Antonio y Alberto Méndez, Juan Carlos Rodríguez, X. Alonso Montero, Montserrat Roig y María Esther Benítez Eiroa; esta última, como secretaria. La directora de la publicación es María Concepción Benítez Eiroa. ■ C. ALONSO DE LOS RÍOS.

Diez-Alegría, jesuita prohibido

Manuel Leguineche, con la colaboración de Torres Murillo y Fermín Cebolla, publican este «libro informe» (1) que, con excelente y ameno estilo periodístico, sabe presentarnos una completa panorámica de las ideas y los hechos en torno a la confesión religiosa del Padre Diez-Alegría, S. J., titulada «Yo creo en la esperanza».

Pocos libros en la historia de nuestro catolicismo patrio, en buena parte decadente, han tenido el éxito y la difusión de este sencillo y sincero libro, donde el

(1) «Diez-Alegría, jesuita prohibido», M. Leguineche, Torres Murillo y F. Cebolla. Prólogo de J. L. Aranguren. Fundamentos.

jesuita Diez-Alegría cuenta su vida religiosa y sus convicciones íntimas. Este nuevo libro informe sobre el autor jesuita y sus ideas ha de ser suma-



mente útil para centrar bien la cuestión sin sensacionalismos, sino dándole la seriedad informativa que requiere un tema de este género.

Este trabajo informativo tiene la ventaja de que está cuidado desde el punto de vista teológico, evitando lo que ha pasado algunas veces al analizar estos problemas religiosos, y que ha quitado categoría a los trabajos de análisis efectuados.

Con verdadero acierto se mezcla la anécdota y la idea, el hecho y el pensamiento, por lo cual creo que quien coja esta obra no podrá dejarla hasta terminar su lectura, y aprovechará, además, el tiempo.

En una segunda edi-

ción deberían de corregirse algunos detalles. Por ejemplo, lo relativo al teólogo Charles Davis, que se le hace jesuita sin serlo. Fue un teólogo inglés muy conocido en la Iglesia católica y muy apreciado en la misma que, por motivos de conciencia, se creyó obligado psicológicamente a salir de la estructura del catolicismo. Publicó también unas confesiones religiosas interesantes, pero de menos profundidad vital, en mi opinión, que las de Diez-Alegría, que, por otro lado, y a diferencia de Davis, se encuentra dentro de la auténtica tradición católica; no de la tradición cerrada de estos últimos siglos, pero sí de la abierta y vital de tantos personajes de la historia católica que hoy son reivindicados oficialmente por la Iglesia después de muchos avatares —alabanzas y condenaciones— en sus vidas.

Yo estoy seguro que al Padre Diez-Alegría le va a ocurrir lo mismo, lo que no sé es cuándo pasará esto; pero la Iglesia oficial terminará por reivindicar su figura de sinceridad cristiana, como ha hecho con otros muchos hombres discutidos. La única diferencia —a su favor— es que hoy, su postura se encuentra avalada por muchos teólogos y pensadores católicos.

Es pena —y yo me siento culpable de ello también— que el cuestionario enviado por Leguineche a conocidos escritores y pensadores católicos de España, no haya de obtener sus contestaciones nada más que en muy pequeño número. En una segunda edición sería de gran interés que se ampliasen estas contestaciones por un lado, y por otro se pudiera conocer mejor el texto del principal contradictor de Diez-Alegría, el compañero de Orden Padre Igartua. Este conservador jesuita, que se ha opuesto públicamente a las posturas del Padre Diez-Alegría, ha escrito un libro cuyas inciden-

